

BIBLIOTECA CANARIA



Diego Estévez

POETAS ISLEÑOS

Diego Estévez

INTRODUCCION DE

JOSE TABARES BARTLETT



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Datos biográficos

Diego Estévez y Murphy, hijo de Don Francisco Estévez y de Doña Isabel Murphy y Meade, nació en Santa Cruz de Tenerife el 23 de Enero de 1842.

Concluyó con aprovechamiento sus estudios en la Escuela de Náutica, y empezó a navegar en el bergantín «Guanche», saliendo por vez primera a la mar el 12 de Octubre de 1858, a los diez y seis años de edad. El 12 de Marzo del 59 llegó de regreso a Santa Cruz, después de haber visto en aquel primer viaje varios puertos de las Antillas.

En su último viaje a las costas de América, llevando la derrota del bergantín goleta «San Miguel», sufrió un horroroso temporal. Habían salido pocos días antes del puerto de Nueva York, cuando del 6 al 8 de Septiembre (1864) se vieron envueltos por una de esas

borrascas indescriptibles, de la que se salvaron por un milagro patente de los que no se suelen repetir en la vida de un hombre.

Poco después de aquel lance obtuvo el nombramiento de catedrático de navegación en la Escuela profesional de Náutica, y en el mes de Mayo sintióse acometido por la dolorosa enfermedad que en pocos meses le llevó al sepulcro.

Con la esperanza de restablecerse, y aprovechando los meses de vacaciones, hizo un viaje a Inglaterra en el verano del 65. A su permanencia en Londres debemos la última y acaso la más sentida de sus composiciones. En el mes de Octubre retornó a Canarias, convencido ya de que era su muerte inevitable, y la vió llegar con la indiferencia de un filósofo.

Murió el 27 de Marzo de 1866, a los 24 años de edad, víctima de los mismos sufrimientos que condujeron a la tumba a su malogrado tío, el poeta canario don Ricardo Murphy.

Diego Estévez, aunque incorrecto a veces en la forma, era siempre poeta. Si hubiera vivido el tiempo necesario para limar sus versos y estudiar los modelos de nuestra literatura, hubiera alcanzado un puesto entre los poetas líricos de España.

Introducción

DIEGO ESTEVANEZ Y MURPHY,

Encabezamos estas líneas con un nombre no tan repetido entre nosotros como lo merece quien lo llevó en vida. ¡Ah! Diego Estévez apenas vive en la memoria de sus compatriotas: pudiéramos decir que pertenece al número de los hombres que pasan por nuestro planeta sin dejar más señales que el recuerdo transitorio de una existencia vagamente conocida. ¡Criminal olvido!

Fué Estévez uno de esos mortales predestinados al sufrimiento; era el dolor a él como la sombra al cuerpo, le acompañó sin cesar en su paso por el mundo como una ley invencible de su destino, de la cual no pudo desligarse sin embargo del brío con que la juventud

combate contra la pena, que se arraiga en el corazón hasta marchitarse como el insecto que destruye con emponzoñado rejo el cáliz de la fragante rosa.

«... ..»
No hay pensamiento grande que no sea hijo de un gran dolor. Dolor sublime a los Homeros y Cervantes crea.»

Larming asegura que el dolor engendra las grandes concepciones del genio. Nosotros también lo creemos así: el dolor ha hecho tal vez que el poeta cuya vida bosquejamos en estas páginas merezca hoy nuestra admiración. Si Diego no hubiera sentido en su pecho el oleaje amargo de la angustia, ¿a qué, preguntamos nosotros, deberíamos la ternura sentimental que derraman sus estrofas fundidas en el molde de la pena misma? Dice a Dolores:

¡Dolores!, qué triste nombre,
¿por qué Dolores te llamas?
¿acaso en el pecho llevas
aguda espina clavada?
Vierten tus rasgados ojos
en la noche solitaria

puras y líquidas perlas,
porque perlas son tus lágrimas

... ..
¿Recuerdas un bien perdido?...
¿Tal vez en silencio amas?...
No lo sé; mas ¡ay! tu nombre
por doquiera me acompaña,
porque es tu nombre Dolores,
y yo los llevo en el alma.

¡Cuánta naturalidad, cuánto sentimiento!
¡Esto es poesía!

Cuando canta a su madre es su musa tan
espontánea, y es tan diestro en la versifica-
ción que su estilo nos recuerda a nuestros clá-
sicos. Oigámosle:

Brotad, consuèlo de las penas mías,
lágrimas ¡ay! corred, que he recordado
de mi perdida madre las caricias
y dulce sonreir... y acongojado
¡llamando estoy por ella y no responde!

... ..

... ..

¡Qué horrible soledad! ¡Cómo se agita
mi corazón su sangre destilando!
¡Cuán desmayado, sin ardor palpita
tus caricias de madre recordando!

¡Cuántas veces con brazos cariñosos
me estrechabas feliz contra tu seno
a los míos uniendo tus sollozos!
¡Y cuántas, ¡ay! jugabas
con mis rubios cabellos
mientras llena de gozo me mirabas
ósculos mil depositando en ellos!

Aparte de algún ligerísimo lunar de forma,
es lo cierto que no puede darse ni más ternura,
ni más cadencia, sobre todo en el último
verso. Y nada más verdadero que estos que
siguen:

Aún percibo el rumor de tus pisadas,
presurosas, inciertas, recatadas...
Aún me parece que te estoy mirando
por la casa afanosa y diligente
los separados muebles ordenando...

Termina así esta sentida composición:

~~~~~

¿Quién hallaré en el suelo  
que calme como tú mis sinsabores?  
¡Nadie, nadie, imposible! ¡Empeño vano,  
que es el amor de madre sin segundo!

¡Nadie me tienda compasiva mano!  
«¡Solo por siempre viviré en el mundo!»

¡Qué bonita manera de expresar que una madre es todo y nos deja al morir sumidos en la más honda soledad!

Mas no tan solo Estévanez es el poeta del dolor; fué náutico y sentía su alma la poesía de Neptuno. Cuan bien nos pinta una de esas escenas marítimas rompiendo el bajel la rumorosa espuma rizada por el viento que hincha la batiente lona en «La noche en el Trópico», cuando

Lamiendo los costados  
las olas se deslizan  
rompiéndose en espuma  
con lánguido rumor;  
los céfiros alados  
la mar jugando rizan  
el lino temblador.

Sale por Oriente la luna melancólica desvaneciéndose los crespones de la noche...

Y luego atravesando  
por círculos de estrellas  
les roba, al paso, altiva,

su dulce claridad,  
y ocúltanse temblando  
cual tímidas doncellas  
y sólo impera en torno  
la augusta soledad.  
Y en tanto aquí, a mi lado,  
con voz enronquecida  
entona un marinero  
marítima canción,  
y empuña descuidado  
con mano encallecida  
la rueda rechinante  
del rígido timón.

Qué preciosa onomatopeya:

La rueda rechinante  
del rígido timón.

Puede decirse que Estévez cultivaba todos los géneros con elegancia y soltura: tales eran sus disposiciones para el arte de Apolo. El madrigal, tan olvidado hoy, encontró en él un nuevo Gutierrez de Cetina: ingenio, sencillez, delicadeza y espontaneidad, cualidades esenciales de este género, descuellan en este hermoso poemita. Déjanos en el alma una impresión análoga a la que nos producen las rimas becquerianas. Tan bien escrito está.

Las aves tristemente revolaban;  
hacia el suelo, llorosas  
las flores sus corolas inclinaban;  
los árboles gemían...  
Era que sin la luz del sol radiante  
que espesos nubarrones encubrían,  
la tierra sollozaba agonizante;  
mas él, oculto tras oscuro velo,  
no pudo ver su duelo.  
Así al mirar tu faz encantadora  
yo vi que de tus ojos me negabas  
la lumbre bienhechora...  
¡Pero no viste tú que me matabas!

Desde el lugar donde estas líneas escribimos divisamos un pequeño bosque a las faldas de un cerro; un antiguo convento eleva su pardo campanario sobre los álamos y brezos que le rodean como queriéndole guarecer de las borrascas del tiempo; arruinados muros cercan el monte desde el pie a la mitad de la montaña; allí las aves con sus cánticos vivos, el rumor de los arroyuelos que serpentean por las menudas yerbas que le alfombran, y el olor que despiden el incienso y el poleo, dan a aquel paraje un atractivo y un encanto singulares dejando el ánimo absorto en la contemplación de una naturaleza que arroba y

embriaga. ¡Rara coincidencia! En aquella mansión tan bella y melancólica se deslizaron los infantiles años de Estévanez, allí quizá recibió su pecho las primeras impresiones de la poesía y por eso a la vuelta de uno de sus viajes escribió el romance «San Diego del Monte», tal es el nombre del pintoresco sitio que describimos.

Con qué sentimiento dice el poeta:

Voy a tornar con el alma  
allá a mis años primeros,  
voy a visitar los sitios  
donde fugaces corrieron,  
para aspirar el perfume  
de mis lejanos recuerdos.  
Voy a ver las frescas sombras  
de los bosques de San Diego  
y sus seculares pinos  
y sus castaños eternos.  
¡Ah, qué placer! Ya divisó  
tendido a faldas de un cerro  
su recinto delicioso  
de verde tapiz cubierto.  
¡Adelante!... Ya percibó  
recortándose en el cielo  
los contornos desiguales  
de su campanario negro...

Ya voy a tocar sus lindes...  
Un paso no más... ya llego.

...

...

Esos álamos que altivos  
sus copas alzan al cielo,  
esos muros arruinados  
y esos floridos senderos,  
en otros tiempos felices  
los mudos testigos fueron  
de mis inocentes goces,  
de mis infantiles juegos.

...

...

Aquí el lauro a cuya sombra  
descanso dando a mi cuerpo,  
me asaltara el sueño un día  
lejos del hogar paterno;  
en él mi ausencia notando  
mi madre con loco anhelo  
salió a buscarme afligida  
por los bosques y los cerros,  
y penetró en los pajares,  
y bajó al despeñadero,  
y registró la espesura  
de los arbustos revueltos,  
hasta que me halló, tranquilo  
bajo este laurel durmiendo...

Cada objeto trae a su memoria un detalle de su estancia en aquel retiro despertando en él dulcísimas imágenes. Con esta delicada y cadenciosa apóstrofe concluye su romance:

Testigos mudos de mi alegre infancia;  
Recuerdos dulces de mi edad primera...  
¡Templad vosotros mis acerbos males!  
¡Calmad mis penas!

La poesía de Estévanez es la poesía de Job, no conocemos en la literatura canaria ecos tan conmovedores y tan sencillamente expresados; confesamos que las lágrimas han acudido más de una vez a nuestros ojos al clavarse en los negros caracteres que metrifican los ayes plañideros que brotan de su laúd. No en vano ha dicho Horacio: «Si quieres que yo lllore, llora tú primero». Hay además en el lirismo de Estévanez un distintivo que le hace interesante y simpático; consiste en que en sus cantos aparece entera su personalidad, y nada mueve tanto al sentimiento como cuando lo propio de su expresión es para nosotros consecuencia de su realidad.

«Insomnio y Fiebre», indica en la lectura de los cuatro primeros versos la enfermedad que le condujo al sepulcro; el vate sobrevivió



cuatro meses á estas desgarradoras notas de  
su doliente lira:

¡Qué noche tan larga!  
¡Qué lento suplicio!  
¡Me abrasa la fiebre  
y tiemblo de frío!

... ..

Rumor misterioso  
cercano percibo;  
rumor que en las noches  
serenas de estío  
también he escuchado  
con suave deliquio;  
que es tenue, muy tenue,  
muy vago y tristísimo;  
rumor que oye el alma  
mejor que el oído;  
que no se comprende,  
que muere indeciso...

Murió; --ya no escuchó  
ni el hálito mío,  
¡que el aire me falta  
y apenas respiro!

... ..

Si una muerte harto prematura no nos hu-  
biese arrebatado esta legítima esperanza de  
las musas del Teide, quién sabe hasta dónde

le hubiésemos admirado. ¡Pobre Diego! No sabemos por qué misterioso sentimiento al invocar su nombre late más acelerado nuestro corazón. ¿Será que la pena del que gime se transmite al alma del que escucha como ciertos flúidos se transmiten de un cuerpo a otro por el contacto? Acaso. ¿Quién puede permanecer inmutable oyendo la quejumbrosa voz del que llora? El llanto provoca el llanto como el gozo, la alegría; pero si las lágrimas son derramadas por la juventud... ¡ah!, entonces se duplica la emoción, porque cuando la juventud llora es que el dolor no puede contenersé en los diques que le encierran, semejante al río que se desborda al empuje de la lluvia torrencial. Hay una diferencia: que éste va dejando al paso infructíferas arenas, y aquellas lágrimas fecundizan el alma misma que las derrama.

Dudamos, al dar cima a nuestra tarea encaminada a recordar las relevantes dotes poéticas que descollaban en el cantor nivario cuya memoria debería perpetuarse en todos los corazones; dudamos, sí, de haber llenado nuestro objetivo digno de pluma más diestra y avezada; por ello, al concluir éstas líneas que reasumen nuestro juicio humilde pero imparcial, cábenos una satisfacción que viene

a dulcificar de cierta manera la desconfianza que sentimos: haber rendido el homenaje de nuestra admiración al predilecto hijo de las musas canarias. Si esto es poco ¿qué hacer? Que nos dispensen los lectores y que nos perdone el muerto.

José Tabares Bartlett

# Romance marítimo

# I

## LA PARTIDA

Rumor a bordo se escucha  
de escotines y cadenas,  
y el cabestrante que gira,  
y voces de «leva», «leva»,  
porque dejamos las costas  
de nuestra patria risueña,  
la de los campos floridos,  
la de las noches serenas.

... ..  
Ya está el ancla suspendida,  
cazadas están las velas,  
y no al bergantín las olas  
a su paso balancean,

que altivo las va cortando  
dejando espumas por huellas;  
mas con el ruido del agua  
que en los costados se estrella,  
sollozos entrecortados,  
suspiros hondos se mezclan,  
¿Y cómo no? Si una torre  
que majestuosa se eleva,  
si una tapia, y unas ruinas,  
y una torcida vereda,  
y una ermita y una choza,  
y una mata, y una piedra,  
en el que creció a su lado  
recuerdos gratos despiertan,  
¿cómo el alma no han de herirle  
cuando la mira y se alejan?  
¿Y qué pecho no se ablanda  
por inflexible que sea,  
al pensar que los que adora  
sus rostros en llanto anegan  
mirando partir la nave  
que sus amores se lleva?  
Allí el tierno pajecillo  
la tosca reliquia beza  
que a su cuello cariñosa  
su hermanita le ciñera;  
allá marinero rudo  
los sueltos cabos enreda,

y en vez de hablar de una escota  
con un briol forcejea;  
aquí el anciano marino  
que las borrascas desprecia,  
con el humo de su pipa  
su curtido rostro vela  
para que nadie conozca  
que la emoción se lo altera;  
y yo también entre tanto  
disimulando mi pena  
busco y miro una ventana  
donde desplegado ondea  
blanco pañuelo que agita  
una niña pura y bella  
que al agitarlo me envía  
su despedida postrera...  
Mas el bergantín se lanza  
cual disparada saeta  
sobre montes ondulantes  
que forman la brisa fresca,  
y opacos ya se confunden  
y la bruma encubre densa  
sobre el lejano horizonte  
el cielo, el mar y la tierra,  
¡Adiós, pues, mis bellos campos!  
¡adiós, de mi amor las prendas!  
¡adiós, montañas azules!  
¡adiós, queridas riberas!

## II

### EL REGRESO

Rompe bergantín las ondas,  
rompe las ondas saladas  
a impulso del blando aliento  
de las juguetonas auras,  
que favorables te impelen  
hacia nuestras bellas playas;  
no perezoso te mezcas,  
que aquí no reina la calma;  
no vanidoso te mires  
en el cristal de las aguas,  
que bien en noches tranquilas  
tú imagen viste grabada  
entre reflejos de luna



en mares de tersa plata,  
allá en la tórrida zona  
do airoso te columpiabas  
sin que ni un soplo de viento  
tus blancas velas inflara.  
Hoy que allá en el horizonté  
sobre el cielo se destacan  
las cúspides altaneras  
de los montes de mi patria,  
rompe bergantín las ondas,  
rompe las ondas saladas.

... ..  
Reina a bordo la alegría,  
y en estruendosa algazara  
la muestran los marineros  
que a un tiempo ríen y cantan.  
Es que a todos regocija  
y los ánimos exalta,  
ver que poco a poco brotan  
de la población las casas;  
porque hay allí caros seres  
que impacientes los aguardan.  
Quien con bruscos movimientos  
sobre la cubierta salta:  
quien satisfecho rasguña  
tres cuerdas de una guitarra;  
quien penetra en la cocina  
y tras reyerta obstinada

con el viejo cocinero  
que defiende sus comarcas,  
sale cargado de pinzas,  
de sartenes y cucharas;  
y quien viste al manso perro  
con camisilla de lana,  
pantalones de bayeta  
y una montera encarnada...

Recostado en el castillo,  
vertiendo sus ojos lágrimas  
que caudante surco abriendo  
por sus mejillas resbalan,  
un marinero suspira  
y en tierra la vista clava.  
¡Ay! ¡Infeliz! que en la ausencia  
recibió la nueva infausta  
de la muerte de una esposa  
que con delirio adoraba,  
y mira con turbios ojos  
las casitas de la playa  
donde la suya percibe  
triste, sola, abandonada...  
Y otro en tanto más dichoso,  
y a quien la impaciencia abraza  
de estrechar al hijo tierno  
que naciera en su barraca  
mientras él con pecho firme

las tormentas arrostraba,  
ya presuroso camina,  
ya pensativo se para,  
ya luego con ansia loca  
trepala torcida jarcia  
y desde allí, en la ribera  
fija curiosa mirada.

Mas, ¡ay de mi! ¿Dó se encuentra  
la que el pañuelo ondeaba  
cuando partí de estas costas  
lleno el pecho de esperanzas?  
¿Por qué su contorno esbelto  
no recorta su ventana?  
¿Por qué, corazón, palpitas,  
mientras por mi mente vagan  
dudas mil, desgarradoras,  
y mil sospechas amargas?  
¡Pobre marino! ¿que el viento  
muestra con él su inconstancia,  
y encuentra inconstancias nuevas  
cuando en tierra firme salta!  
Y un gemido doloroso  
que de mi pecho se escapa  
confuso muere entre el ruido  
de la cadena del ancla  
que las aguas atraviesa  
y allá en el fondo se clava.

# A Dolores

## A DOLORES

¡Dolores! ¡Qué triste nombre!  
¿Por qué Dolores te llaman?  
¿Acaso en el pecho llevas  
aguda espina clavada?  
¿Vierten tus rasgados ojos  
en la noche solitaria  
puras y líquidas perlas,  
porque perlas son tus lágrimas?  
¿Suspiras cuando percibes  
alguna trova lejana  
que llega hasta tí confusa  
del suave viento en las alas?  
¿Palpita ansioso tu pecho  
cuando miras arrobada  
algún rayo de la luna  
que se quiebra en tu ventana?  
¿Recuerdas un bien perdido?...  
¿Tal ves en silencio amas?...  
No lo sé; mas ¡ay! tu nombre  
por doquiera me acompaña,  
porque es tu nombre Dolores,  
y yo los llevo en el alma.

En la mar

Aléjate de mí, céfiro suave,  
deja que ruja el austro con furor;  
inunden, mar, tus olas nuestra nave,  
quiero escuchar tu acento bramador.

... ..

Ya lejos oigo rimbombar el trueno;  
del mar la espuma refrescó mi sien,  
y de salvaje gozo el pecho lleno  
del buque noto el desigual vaivén.

¡Ya cubre el cielo impenetrable manto  
de espesas nubes de color sombrío!...  
Quiero, quiero cantar, porque mi canto  
lleve en sus alas huracán bravío.

¡Así te quierō, mar; así me encantas!  
¡Cuánto me gusta tu estertórea voz  
y ver las ondas que feroz levantas  
hasta ese cielo en que se oculta Dios!

Gocen allá los de almas apocadas  
de una fuente el murmullo al escuchar,  
mientras aspiran brisas perfumadas  
por las flores que besan al pasar.

Gocen mirando de la luna un rayo  
reflejándose en ojos de mujer,  
que ansioso y palpitante en su desmayo  
probar les hace de un fugaz placer.

Mas yo quiero los hórridos silbidos  
que incontrastable lanza el aquilón,  
o de una mar en borrasca los bramidos  
para llenar con algo el corazón.

No quiero ver miradas ardorosas  
de ojos velados por ligero tul,  
flores lozanas, danzas voluptuosas,  
luna cruzando por un cielo azul.

Quiero escuchar los lúgubres quejidos  
de una verga que el viento va a romper,  
y luego verla en trozos desunidos  
al negro abismo rauda descender.



¡Esa mi imagen es, pues la pujanza  
del viento adverso de la suerte mía,  
también rompió mi corazón que lanza  
tristes lamentos, ayes de agonía!

Y no quiero del bosque el manso ruido  
ni de mujer amante el suspirar;  
yo quiero oír del trueno el estampido  
viendo centellas ante mí cruzar.

Quiero que airado el huracán potente  
pechos cobardes llene de pavor,  
quiero que alumbre con su luz mi frente  
rasgando el aire, rayo destructor.

Y así no puedan ecos del pasado  
recordarme los goces que probé  
sobre esa tierra vil que me ha robado  
caros objetos, esperanza y fe.

Dame tus iras, mar; dame tu acento;  
dame también tu fuerza colosal,  
y en los brazos aligeros del viento  
las regiones cruzando del mortal.

Este encono feroz que el alma encierra  
saciarse logre con su horrendo fin,  
que en sangre y llanto bañaré la tierra  
destruyendo la raza de Caín.

Mas, nõ: ¿qué impõrta viertan a raudales  
sangre sus venas o sus almas hiel,  
si por siempre serán negros mis males,  
mi destino fatal, mi suerte cruel?

¡Si al pensar en mi madre idolatrada  
ése angel de consuelo que perdí,  
conozco que esta vida desdichada  
ya no tiene placeres para mí!

¡Lleva, lleva en tus alas con mi duelo  
mis odios y rencores, huracán;  
levanta, ¡oh, mar! tus ondas hasta el  
(cielo  
con la cólera inmensa de Satán!

Y con tus aguas báñame la frente  
y a mis plantas revuélvete tenaz,  
y oiga extasiado tu clamor rugiente...  
¡pues más me gustas cuando ruges más!

¡Quiero sólo admirarte, quiero verte  
porque te adoro, mar, con ciego ardor!  
¡Quiero encontrar cruzándote la muerte,  
quiero morir en brazos de mi amor!

# Un recuerdo

## A mi querida madre

¿Quién no lleva escondido  
un rayo de dolor dentro del pecho?  
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido  
lágrimas de amargura y de despecho?  
¿Quién no lleva en el alma,  
¡ah! por muy joven y feliz que sea,  
un penoso recuerdo, alguna idea  
que nublando su luz turbe su calma?  
ESPRONCEDA

Brotad, consuelo de las penas mías,  
Lágrimas, ¡ay! corred, que he recordado  
De mi perdida madre las caricias  
Y dulce sonreír... y acongojado  
¡Llamando estoy por ella, y no responde!

.....

¡Madre, madre adorada,  
tan virtuosa, tan cándida y sencilla!  
¿Por qué este amargo llanto  
Que copioso derramo sin consuelo  
No recoge tu boca en mi mejilla?  
¿Por qué elevaste el vuelo  
A esa región feliz en donde moras  
Sin esperarme, dí?... Desatentado  
La tierra vil hubiera abandonado,  
Y te hubiera seguido  
Tras tus huellas corriendo enardecido!  
Y entonces, madre mía,  
Ni este horrible dolor, ni este insaciable  
Continuo, roedor, voraz deseo  
Que des que no te veo  
A limento, tenaz, de contemplarte,  
Mi dolorido corazón hirieran,  
Ni el alma en negra soledad sumieran!  
Mas ¡qué digo, infeliz! ¡Yo no podría  
Dicha tanta lograr; loco es mi anhelo!  
¿Cómo atreverse a compartir tu cielo,  
Llena de podredumbre, el alma mía?  
¡Qué horrible soledad! ¡Cómo se agita  
Mi corazón su sangre destilando!  
¡Cuán desmavado, sin ardor palpita  
Tus caricias de madre recordando  
Cuántas veces con brazos cariñosos  
Me estrechabas feliz contra tu seno,

A los míos uniendo tus sollozos!...  
¡Y cuántas, ¡ay! jugabas  
Con mis rubios cabellos,  
Mientras llena de gozo me mirabas  
Osculos mil depositando en ellos!  
Aun percibo el rumor de tus pisadas,  
Presurosas, inciertas, recatadas...  
Y aún me parece que te estoy mirando,  
Por la casa afanosa y diligente  
Los separados muebles ordenando!...  
Pero luego te miro  
Pálido el rostro, lágrimas vertiendo,  
Ronca la voz, la boca ensangrentada,  
Con la razón perdida... ya corriendo,  
Ya sin fuerzas, rendida y desmayada!...  
¡Ya también anhelante, a todos lados  
Revolviendo los ojos espantados!!!  
¡Oh! ¡qué horrible dolor, madre querida!  
Muerte feroz, ¿por qué me la arrancaste?  
¿O por qué no cortaste  
El hilo al propio tiempo de mi vida?  
¡Que yo, mi madre, compartía contigo,  
Mis placeres, mis penas, mis temores...!  
Y hoy que llevo conmigo  
Desengaños sin fin, fieros dolores,  
Horribles dudas, negro desconsuelo,  
¿Quién hallaré en el suelo  
Que calme, como tú, mis sinsabores?

¡Nadie, nadie, imposible! ¡Empeño vano,  
Que es el amor de madre sin segundo!  
¡Nadie me tiende compasiva mano!  
¡Solo por siempre viviré en el mundo!

# Insomnio y fiebre



¡Qué noche tan larga!  
¡Qué lento suplicio!  
¡Me abrasa la fiebre  
y tiemblo de frío!  
¡El sueño a mis ojos  
no acude benigno,  
y extrañas ideas  
conturban mi espíritu!...  
Venid a mi mente  
recuerdos queridos  
del tiempo pasado,  
tan dulce y tranquilo;  
venid, presentadme  
los cuadros sencillos

de infancia inocente;  
sus goces cumplidos;  
mis verdes praderas,  
mis juegos de niño;  
la fuente sonora,  
cercada de pinos,  
que brota de un suelo  
cubierto de lirios;  
mis álamos blancos  
mi almendro florido;  
la cruz arruinada  
de toseo ladrillo  
que al paso el viandante  
besaba contrito;

de invierno las noches  
en que hórridos silbos  
de viento impetuoso  
tronchando los pinos;  
de truenos cercanos  
el ronco estallido,  
la lluvia azotando  
los débiles vidrios,  
y el turbio torrente  
llevando consigo  
ramajes y troncos  
del bosque vecino,  
mis ojos cerraban  
con sueño fatidico;  
y entonces miraba  
confuso, aturdido,  
mi lecho cercado  
de pándos cirios,  
y un monje severo  
con duro cilicio  
que lento cruzaba  
mirándome altivo;  
y luego en el techo  
de pronto encendido,  
brotaban lucientes  
y agudos cuchillos,  
monstruosas cabezas  
con ojos torcidos,

y allá en la penumbra  
pendiendo del friso,  
ropones talaes  
en sangre teñidos...  
Mas luego que Aurora  
vertiendo rocío  
mostraba halagüeña  
su rostro divino,  
¡Qué alegre escuchaba  
de los pajarillos  
las tiernas canciones  
y lánguidos trinos!  
¡Recuerdos que adoro  
con ciego delirio!  
¡Ay, dulces prestadle  
benéfico alivio  
a un alma que llora  
sus goces marchitos,  
su muerta esperanza,  
su amor! ¡Oh, Dios mío!  
¡Cuán negros pesares  
mi pecho han herido!  
Hoy, débil, cansado,  
sin fuerza camino,  
pues ya no me alientan  
ni fe, ni cariño,  
ni sueños de gloria,  
ni el sordo bramido

del mar que adoraba...  
¡Todo lo he perdido!  
Rumor misterioso  
cercano percibo;  
rumor que en las noches  
serenas de estío  
también he escuchado  
con suave deliquio;  
que es tenue, muy tenue,  
muy vago y tristísimo;  
rumor que oye el alma  
mejor que el oído;  
que no se comprende,  
que muere indeciso...  
Murió: ya no escucho  
ni el bálzamo,  
¡que el aire me falta  
y apenas respiro!  
... ..  
Ayer ví un cadáver  
flotando en el río,  
sangrientos los ojos,  
el gesto fruncido.  
Recuerdo que al verle  
bañó sudor frío  
mi pálido rostro;  
con fuertes latidos  
temblara mi pecho

y... ¡extraño delirio!,  
pensaba yo entonces  
que hallábame unido  
al yerto cadáver  
con lazos muy íntimos;  
que efluvios de mi alma  
bajaban al río  
volando a prestarle  
su aliento perdido...  
¡Misterio es el hombre!  
¡Su mente un abismo!  
... ..  
No ha mucho, yo hallaba  
placeres cumplidos  
en grandes ciudades  
de inmenso gentío.  
Hoy ¡cuánto he cambiado!  
Me cansa el bullicio.  
Dichosa mi suerte  
si hallara un retiro  
do aliento cobrara  
mi pecho oprimido;  
do sombra me dieran  
laureles y tilos,  
y secas sus hojas  
un lecho mullido;  
do nunca reinaran  
ni cierzos y fríos

ni lluvias y nieves  
ni viento y granizo;  
do un aura suave  
trajera a mi oído  
los tristes cantares  
de algún campesino,  
y el aura le diera  
con tierno cariño  
su casto perfume,  
silvestre tomillo!  
... ..  
¡Qué noche tan larga!  
¡Qué lento suplicio!  
... ..  
Mas ¡ah!, que ya lucen

de albor matutino  
los fibios reflejos,  
y el pardo edificio  
que al frente se eleva,  
solemne y altivo  
sus altos remates  
ostenta teñidos  
de rosa y de grana...  
Ya empieza el bullicio...  
Ya débil mi cuerpo  
se postra rendido...  
Se cierran mis ojos...  
¡Oh, sueño bendito!  
¡Restaura mis fuerzas  
y alienta mi espíritu!

# San Diego del Monte

Voy a tornar con el alma  
allá a mis años primeros;  
voy a visitar los sitios  
donde fugaces corrieron  
para aspirar el perfume  
de mis lejanos recuerdos.  
Voy a ver las frescas sombras  
de los bosques de San Diego,  
y sus seculares pinos,  
y sus castaños eternos.  
¡Ah, qué placer! Ya diviso  
tendido a faldas de un cerro,  
su recinto delicioso  
de verde tapiz cubierto.

¡Adelante...! Ya percibo  
recortándose en el cielo,  
los contornos desiguales  
de su campanario negro...  
Ya voy a tocar sus lindes...  
Un paso no más...; ya llego.  
En torno nada se escucha.  
Desconsolador silencio  
reina donde en otros días  
alegres cantos se oyeron.  
Esos álamos que altivos  
sus copas alzan al cielo,  
esos muros arruinados  
y esos floridos senderos,  
en otros tiempos felices  
los mudos testigos fueron  
de mis inocentes goces,  
de mis infantiles juegos.  
Aquí la glorieta umbría  
do los pájaros parleros  
celebraban sus amores  
dando al aire trinos tiernos;  
yo presuroso subía  
por las ramas a cogerlos,  
mas al ruido de las hojas  
volaban hacia el otero.  
Allí el estanque al que entonces  
con pasos torpes y lentos

mè acercaba palpitante,  
y al que me asomaba trémulo,  
retirándome erizado  
su oscuro fondo temiendo.  
Aquí el lauro a cuya sombra  
descanso dando a mi cuerpo,  
me asaltara el sueño un día  
lejos del hogar paterno;  
en él mi ausencia notando,  
mi madre, con loco anhelo  
salió a buscarme, afligida,  
por los bosques y los cerros;  
y penetró en los pajares,  
y bajó al despeñadero,  
y registró la espesura  
de los arbustos revueltos,  
hasta que me halló, tranquilo  
bajo este laurel durmiendo;  
y ardientes me despertaron  
sobre mi rostro cayendo,  
lágrimas que derramaba...  
¡lágrimas benditas fueron!  
¡Ojalá los labios míos  
sus mejillas recorriendo,  
pudieran hoy recibirlas  
entre cariñosos besos!  
Allí el tronco de castaño  
que en cruda noche de invierno



con ímpetu desgajara  
desencadenado el viento...  
Y por doquiera que miro,  
por donde mis pasos vuelvo,  
me asaltan recuerdos tristes  
al par que dulces recuerdos.  
¡Cómo entonces palpitaba  
de felicidad mi pecho!  
¡Cómo en el alma tranquila  
se albergaban halagüeños  
mil insensatos delirios,  
y esperanzas y deseos!  
Mas los años han pasado,  
pasando también con ellos  
mis placeres y alegrías,  
mis esperanzas y sueños;  
y hoy que gimo al rudo embate  
de mis pesares intensos  
y que el porvenir cual triste  
vasto y árido desierto,  
se presenta ante mis ojos  
de nubes pardas cubierto,  
al verme otra vez cruzando  
por estos sitios amenos  
donde a mis primeros años  
goces puros presidieron,  
mi cabeza encandecida  
se dobla sobre mi pecho

y de mis ojos se escapan  
raudales de llanto acerbo.  
Y recorro mi pasado,  
y enloquece mi cerebro  
al ver rápidas pasando  
como evocados espectros  
por ante la mente mía,  
las sombras de los que fuèron.  
Y escucho el chocar de vasos,  
y oigo estallidos de besos,  
y el bramido de las olas,  
y el cantar del marinero,  
y el rumor acompasado  
de los cortadores remos,  
y de un alma enamorada  
lánguidos suspiros tiernos...  
Y miro noches oscuras  
en que tenebroso cielo  
del relámpago a la lumbre  
se ilumina por intervalos,  
de populosas ciudades  
los suntuosos monumentos,  
lejanos montes azules,  
y de luna los reflejos  
en la blanquísima espuma  
que se extiende hasta lo lejos,  
al romper cortante quilla  
las aguas de un mar sereno...

Y en esta azarosa vida,  
¿qué he recogido por premio  
de mis ambiciones locas  
y de mi afanar eterno?  
¡Desventuras infinitas  
que me han robado el sosiego,  
convirtiendo el alma en tumba  
y el corazón en infierno!

Mas yo no sé qué delicia,  
qué bálsamo de consuelo,  
vierten en mí los rumores  
que rasgan este silencio;  
percíbelos el oído  
y acógelos placentero  
fingiéndose son los mismõs  
que en otro tiempo le hirieron...  
y yo ansioso me traslado  
en alas de mi deseo  
hasta aquellas dulces horas;  
y de tal modo me adhiero  
a las memorias queridas  
de aquellos dichosos tiempos,  
que despiertan en el alma  
los dormidos sentimientos  
que entonces solo, alentaron  
en sus recónditos senos,  
el susurro de las hojas,

de algún ave el aleteo,  
las esquilas del rebaño,  
¡y hasta el ladrido del perro...!

\*\*\*  
Velo de sombras el espacio cubre:  
Lucen perdidas pálidas estrellas;  
vierte la luna resplandores suaves:  
la noche reina.

Ya que no hay nadie que con voz amiga  
Responda cariñoso a mis querellas,  
Ni hay una boca que a mis yertos labios  
Su ardor le ceda;  
Ni cuando ansioso el corazón me late  
Hallo tampoco quien su afán comprenda,  
Pues sólo lanza destemplados sonos,  
Rotas sus cuerdas.  
¡Noche tranquila! ¡Viento vagaroso  
Que en suave soplo mis mejillas besas;  
Luna que doras del oscuro estanque  
Las aguas muertas!  
¡Testigos mudos de mi alegre infancia!  
¡Recuerdos dulces de la edad primera...!  
¡Templad vosotros mis acerbos males,  
Calmad mis penas!

